

DES-INSERCIÓN ARGENTINA. LAS POLÍTICAS EXTERIORES DE MENEMY KIRCHNER¹

Argentine un-insertion. Menem and Kirchner's foreign policies

Roberto Miranda²

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Buenos Aires, Argentina

✉ miranda@irice-conicet.gov.ar

Vol. X, n° 17, 2012, 85-103

Fecha de recepción: 25 de abril de 2012

Fecha de aceptación: 22 de octubre de 2012

Versión final: 10 de diciembre de 2012

RESUMEN: Uno de los problemas más importantes que tiene Argentina en su relación con el mundo es su inserción en el mismo. Los gobiernos de Carlos Menem y de Néstor Kirchner han procurado resolver tal problema. Ambos lo intentaron desde un fuerte poder doméstico. Pertenecían al mismo partido político y sin embargo sus políticas exteriores fueron diferentes. Cada uno tuvo su propio esquema de inserción internacional para el país a partir de estrategias de poder distintas, y hasta en ciertos aspectos opuestas. Los contextos internacionales que afrontaron fueron favorables, pero al mismo tiempo exigentes. En las respuestas que uno y otro dieron a sus respectivos marcos

¹ Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación en marcha en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina), denominado "Estrategias de poder de Argentina hacia el mundo. El contexto internacional y su incidencia en las políticas de inserción".

² Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. Profesor de grado en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Profesor de maestría y de doctorado en relaciones internacionales, Instituto de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

externos, coincidieron en una cuestión fundamental, como fue la de no construir poder propio y suficiente para materializar en política internacional lo que se habían propuesto, y de esto se trata el presente trabajo.

Palabras clave: Argentina, inserción, política exterior, poder, contexto internacional

ABSTRACT: One of the most important concerns Argentina has to face in her relations with the World is her insertion in it. Both Carlos Menem and Nestor Kirchner's administrations have attempted to solve that concern. Both attempted to do so through a strong domestic policy. Though they belonged to the same political party their foreign policies were quite different. Each of them had his own project of insertion for the country though out of different and in some aspects opposite power strategies. The international settings they had to face were propitious but at the same time demanding. In regarding the answers each of them gave to their respective foreign frames they coincided in one main aspect that was the non construction of self sufficient personal power to accomplish in foreign affairs their original purposes, and this is what the present paper is about.

Keywords: Argentina, insertion, foreign policies, power, international context

Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar el esquema de inserción internacional que para Argentina propusieron los gobiernos de Carlos Menem y de Néstor Kirchner. Ambos pertenecían al mismo partido político: el Justicialista. En julio de 1989, Menem llegó al gobierno acompañado por su vicepresidente Eduardo Duhalde, cinco meses antes del fin de la gestión del presidente Raúl Alfonsín, del Partido Radical, acosado por una crisis económica hiperinflacionaria. En mayo de 2003, Kirchner asumió la presidencia sucediendo a Duhalde, el cual había desarrollado un gobierno interino de menos de un año y medio. Este había optado por Kirchner para derrotar electoralmente a Menem que, si bien en la primera vuelta no le alcanzó con el 22% de los votos para lograr ese propósito, terminó ganando porque el entonces ex presidente desistió del balotaje.

Menem se convirtió en presidente luego de ponderar los símbolos y la tradición peronista. En la oposición al gobierno de Alfonsín, y en la campaña electoral, reivindicó los logros que históricamente fue obteniendo el movimiento político impulsado por su creador: Juan Domingo Perón. Cumplió con dos mandatos, totalizando casi 10 años y medio de gobierno, gracias a la reforma constitucional de 1994. Por su parte, Kirchner fue gobernador de la provincia de Santa Cruz por un tiempo prolongado, de 1991 a 2003. En ese período la relación entre Menem y Kirchner fue amistosa. En cambio, Duhalde, entre 1991 y 1999, se transformó en

gobernador de la provincia de Buenos Aires y con el tiempo tuvo rivalidad política permanente con Menem.

Menem, Duhalde y Kirchner sumaron casi 17 años de gobierno. Fueron discontinuados porque al país, entre el primero y el segundo, lo administró por dos años una coalición política liderada por el radicalismo, hasta la crisis institucional y financiera de diciembre de 2001. Aquellos presidentes, si bien tuvieron en común el origen peronista, impulsaron ingenierías políticas propias y moldes ideológicos muy singulares, así de los tres uno engendró lo que se dio en llamar menemismo y el otro kirchnerismo. Entre ambas experiencias políticas hubo diferencias importantes. Esas diferencias estuvieron presentes en la mayor parte de las políticas llevadas a cabo por uno y otro gobierno, y las relaciones exteriores no fueron la excepción. Los esquemas de inserción internacional del menemismo y del kirchnerismo también fueron distintos.

Cada esquema representó una estrategia de poder de Argentina hacia el mundo, que buscó concretar ideas y propuestas de política exterior. Hubo estilos diplomáticos distintos sobre cómo afrontar el contexto internacional para lograr esas ideas y propuestas. En ambos casos los factores internacionales jugaron un papel incuestionable, pues tales factores habilitaron al país para que engendrara iniciativas políticas y estructurara coherentemente su presencia en el mundo. Menemismo y kirchnerismo, a su hora, tejieron un enorme poder doméstico que en teoría debía respaldar el buen desarrollo internacional de Argentina. Sin embargo, no fue así. A pesar de las diferencias, coincidieron en la condición de no contar con el poder necesario para materializar lo que cada uno había postulado desde la política exterior. A continuación analizamos los elementos que apoyan esta premisa, y testimoniamos a través de qué situaciones Argentina registró ausencia de poder externo.

Entre el “vivir en sintonía” y el “cortoplacismo”

Uno de los aspectos que en su momento más se destacó de la política exterior de Menem fue su intento de insertar al país en el mundo. Cuando finalizó su primer gobierno existió la creencia de que Argentina había entendido, acabadamente, que con la posguerra fría y la globalización se iniciaba un nuevo orden internacional del cual formaba parte. En ese sentido, Jorge Castro (1995: 67) subrayaba que el país había salido de la “automarginación” mundial y que había abandonado el “carácter errático” en su relación con el contexto externo. Más aún, el citado autor afirmaba que se registraba una “inserción exitosa” de Argentina en la economía mundial, gracias a la “comprensión de que la globalización” había pasado a ser “el núcleo de la era histórica” iniciada en 1989 (Castro, 1995: 68).

En la época en cuestión también se habló de una “nueva política exterior”, que había comenzado con el llamado “giro realista” dado por el gobierno de Alfonsín, en 1985, y que Menem profundizaba aceleradamente para ir bien lejos, como era a través de la supuesta “reinserción de la Argentina en el Primer Mundo” (De la Balze, 1998: 115-116, 172). Similar a lo sostenido por Castro, De la Balze decía

que el país había dejado de lado el aislacionismo internacional después de décadas de no encontrar un rumbo equivalente al que supo tener en la segunda mitad del siglo XIX y primera del siguiente. Precisamente el argumento principal era que con la “nueva política exterior”, Argentina había logrado su inserción en la economía global por la “revalorización del rol del mercado y de la iniciativa privada” (De la Balze, 1998: 119).

Más allá del carácter economicista de la política exterior, Roberto Russell (1994: 14, 22-23) analizó a la de Menem como una respuesta directa a “la necesidad de desarrollar un nuevo perfil de vinculación política y económica con el exterior”. Es más, señaló que el gobierno menemista había arrancado su gestión con una percepción compartida por oficialistas y opositores en torno a cómo se debía plantear la relación con el mundo. En este análisis ponderó la articulación entre la política doméstica y la política exterior, insistiendo en que esta última en gran medida dependía de los aciertos internos. Justamente Rut Diamint (2003: 16) interpretó que en la administración Menem hubo una fuerte vinculación de cuestiones no solo entre las externas, sino también entre estas y las domésticas.

En mayor o en menor medida la literatura académica acordaba en que el menemismo había procurado un esquema de inserción internacional atento a la transformación mundial. Por ejemplo algunos puntos de vista (Busso y Bologna, 1994: 46-47) vieron aquel esquema de manera simple, como la traducción de la idea “de vivir en sintonía con la época”, es decir, recurriendo al pragmatismo y priorizando a la economía en la formulación de la política exterior, que fueron características de Menem. En cambio, otros puntos de vista (Figari, 1997: 195) advirtieron que la inserción propuesta por el menemismo, en lugar de racionalizar las mutaciones mundiales generadas por la globalización desde una perspectiva periférica y estructural, fue la consecuencia de una “política manifiestamente claudicante”.

La cuestión sobre la inserción de Argentina en el mundo durante el gobierno de Kirchner fue analizada desde una perspectiva diferente a la que se empleó con respecto a Menem. Obviamente mucho tuvo que ver el *default* iniciado en 2002, y el hecho de que Kirchner no explicitara cuál era su intención con respecto a la inserción. Para algunos (Vadell, 2006: 203), el proceso de desendeudamiento que pilotó el presidente argentino con resultados ventajosos para el país bajo contextos externos favorables, fue una suerte de reinserción en la economía internacional a pesar de que no llegara la inversión extranjera directa. Para otros (Simonoff, 2009: 84), la “preeminencia de postulados autonomistas y posautonomistas” fue decisiva en “varios niveles de la estrategia de inserción internacional” del kirchnerismo.

Esto último se ha expresado con referencia a que Kirchner –virtualmente– imaginó la inserción en oposición a una alianza con la potencia hegemónica, es decir, rechazando lo que había pergeñado el menemismo. Para ello se apoyó en distintas definiciones que vinculaban la realidad del país con el marco internacional, como la expresada en su discurso de asunción dado en el Congreso, al decir que se debía “pensar el mundo en argentino, desde un modelo propio”. Precisamente la mayor parte de los autores ha puesto el énfasis en la subordinación de la política exterior de Kirchner a la política interna. En un caso se afirmó que el gobierno no

había gestado “una gran estrategia de cambio” porque primaban “las condiciones de la política interna para hacer política exterior”.³

El principal argumento sobre el que se basó aquella tesis de la subordinación, era que la escasa legitimidad social con la que había llegado Kirchner al gobierno, más el problema de una economía en cesación de pagos, no le permitían distraer sus recursos políticos en el frente externo. Por eso se sostenía que el discurso de política exterior era para la política interna,⁴ o bien que aquella política era funcional a esta (Morales Ruvalcaba, 2010: 36). Desde otro ángulo de opinión se afirmaba que la diplomacia kirchnerista había estado sujeta a “las urgencias políticas coyunturales”, resueltas a través de un “proyecto de autarquía, aislamiento y de búsqueda de una supuesta autosuficiencia” (Cárdenas y Cisneros, 2008: 23).

En línea con lo anterior, y en relación a la cuestión de la inserción internacional del país, también se examinaba que la política exterior de Kirchner era cortoplacista y pragmática, y como consecuencia de esto había estado lejos de trazar un diseño de posicionamiento mundial para Argentina (Llenderozas, 2006). Asimismo se consideró que la política exterior fue asumida como variable de ajuste, basada en un “estilo de actuación a menudo reactivo y poco respetuoso de las formas diplomáticas usuales” —por ejemplo, en los conflictos por el gas con Chile y por las pasteras con Uruguay—, siendo el resultado de esta actitud el “retraimiento en las relaciones internacionales de la Argentina con sus socios y vecinos” (De la Balze, 2010: 138).

El supuesto internacional del menemismo

Una de las líneas fundamentales de la política exterior de Menem fue el bajo perfil que tuvo esta política. Entre otras razones porque estuvo íntimamente supeditada a la economía. Por un lado existió la premura de superar la crisis hiperinflacionaria que había precipitado la caída de Alfonsín. Por otro lado, el menemismo dio un golpe ideológico a través del cual absorbió principios y prácticas del neoliberalismo, mediante el seguimiento de las políticas impulsadas desde el Consenso de Washington. El gobierno argentino creyó, acriticamente, que esas políticas iban a permitir el crecimiento económico del país y la salida de su condición de subdesarrollado.

De manera que a la diplomacia se la consideró un instrumento de aquella creencia que movía, casi exclusivamente, al proyecto político de Menem. Esa diplomacia debía despejar de toda perturbación la muy buena relación con el poder financiero internacional, es decir, con el Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Departamento del Tesoro de Estados Unidos y banca privada transnacional, por citar algunos de los actores más importantes. Se partía del supuesto

³ Tokatlian, Juan (1 de marzo de 2004). No se gestó una gran estrategia internacional. *Diario Página 12*, Buenos Aires

⁴ Russell, Roberto (24 de septiembre de 2006). Es muy difícil explicar a Kirchner. *Diario La Nación*, Buenos Aires.

de que el cumplimiento de las políticas esbozadas por John Williamson iba a significar el desembarco de capitales destinados a la productividad y el progreso. La presunción menemista era que las cuestiones financiera y comercial formaban parte de un mismo proceso globalizador, cuando en realidad la crisis mexicana de diciembre de 1994 le demostró al mundo que no había correspondencia entre ambas cuestiones.

Por la influencia de Francis Fukuyama de su teoría esgrimida en *El fin de la historia y el último hombre*, el gobierno de Menem entendió que el mundo del porvenir solo pasaba por Occidente (Cavallo, 1996: 358, 361). La expresión más representativa de esta valoración la dio el canciller Guido di Tella (1992: 264) cuando señaló: “Un grupo de treinta, cuarenta países, llamados de alianza occidental, son nuestro grupo de referencia porque queremos estar en ese grupo, que somos parte de ese grupo, con problemas distintos, con dificultades, no con el bienestar promedio del grupo, pero nosotros vemos el mundo como se ve en esos países”. La occidentalización de la política exterior llegó hasta el punto de considerar a América Latina únicamente como un espacio funcional a la globalización a través del regionalismo, por ello la creación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) destinado a favorecer a actores transnacionales.

Para Menem, el tener una diplomacia de bajo perfil no implicaba debilidad internacional, pues especulaba que poniendo los objetivos políticos del país en línea con los de la potencia dominante iba a poder contar con la protección benefactora de Estados Unidos, considerado en ese entonces líder de la alianza occidental, vencedor de la Guerra Fría e impulsor de un nuevo orden mundial. El alineamiento con Washington no fue definido como un objetivo de política exterior, coyuntural y limitado, sino como la orientación internacional que debía tener el Estado bajo la idea de que trascendiera al propio menemismo, lo cual de algún modo ocurrió una vez que la Alianza asumió el gobierno con el presidente Fernando de la Rúa, en diciembre de 1999.

La opción kirchnerista de política exterior

La política exterior de Kirchner se caracterizó por plantear a esta política desde una modalidad etnocéntrica. Contrariamente a lo que a menudo se sostiene, la política exterior, más que estar dirigida hacia la política doméstica, se había convertido en una proyección de esta a nivel internacional. Prácticamente fue un ejercicio de internacionalismo liberal, desde el cual —como es sabido— se postula que la política interna decide el curso de las relaciones exteriores del país. A la paz social, lograda después de mitigar los riesgos de una confrontación interna producto de la inestabilidad institucional en la que se había deslizado el país, el gobierno kirchnerista la exhibió como un éxito para que el mundo la valorara. El lenguaje de la diplomacia argentina trató de extender fuera de las fronteras nacionales, los principios de un nuevo proyecto político que privilegiaba la resolución de los problemas internos heredados de décadas anteriores.

Kirchner estimaba que la política internacional se configuraba a través de las mismas reglas y mecanismos que lo hacía la política doméstica. Creía que era posible el control de las situaciones y condiciones sobre las que se desarrollaban las relaciones de poder mundial. Por esa razón sospechaba que la mejor política exterior era la que descansaba en una política interna fuerte y consolidada, y que en consecuencia podía ser impulsada hacia el mundo. Esta actitud lo llevó al kirchnerismo a suponer que, así como su proyecto político consideraba circunstanciales a los factores estructurales que afectaban al país y susceptibles de ser modificados, también podía suceder lo mismo con los determinantes del contexto externo del país.

A propósito de ese contexto, y por encima del salto agroexportador que dio Argentina a partir de 2002, permitiéndole recomponer su situación económica, Kirchner estaba convencido de que las causas del conflicto mundial entre el Norte y el Sur seguían tan vigente como lo habían estado en la segunda mitad del siglo pasado. En su discurso en la 62ª Asamblea General de las Naciones Unidas, señaló: “La paz será posible en la medida [en] que se promueva la igualdad y se luche para erradicar la pobreza, la indigencia y la exclusión... y la construcción de sociedades más justas, más equitativas y con una mejor distribución de los beneficios del crecimiento económico”. Sin embargo aquel conflicto, en el primer decenio del siglo XXI, mostró una situación diferente al pasado: las potencias regionales de origen periférico discutían la agenda mundial con los países más poderosos.

La creciente diferenciación intraperiférica no le preocupaba a Kirchner dado que en virtud de la modalidad etnocéntrica de su política exterior, desde la potencialidad interna que adquiría el país, interpretaba que la escalada internacional de otros actores estatales similares a Argentina, era el fruto de procesos nacionales distintos. Por ello, en su apuesta por Latinoamérica no compulsó que el vínculo del país con la región fue reducido sensiblemente a Sudamérica, y que Brasil —a través de su liderazgo— había sido el responsable directo de ese recorte geográfico. De manera que a la coincidencia integracionista con Brasilia, como a la ventaja que encontró Argentina al amparo del MERCOSUR en un momento de marginación internacional, las evaluó positivamente en la medida en que reforzaban la capacidad interna del país para maniobrar sus relaciones externas.

Los esquemas de inserción de Argentina en el mundo

Es evidente que en los gobiernos, tanto de Menem como de Kirchner, el proyecto político de cada uno y el contexto internacional con el que tuvieron que convivir, incidieron profundamente en la conducción de las relaciones exteriores del país. No es propósito de este trabajo mensurar, en cada caso, si el proyecto político influyó más en la política exterior que el contexto internacional, o viceversa. Destacamos que el menemismo como el kirchnerismo han volcado sus objetivos gubernamentales en las relaciones interestatales del país, a través de concepciones disímiles sobre el interés nacional. Por supuesto que tales objetivos tuvieron conexión con el sistema internacional, sobre el cual cada uno articuló su

percepción y, paralelamente, definió su autopercepción. En gran medida ambas políticas exteriores reflejaron vínculos estrechos, tanto con el proyecto político como con el contexto internacional, y por lo tanto determinaron distintos esquemas de inserción de Argentina en el mundo.

Menem optó por enhebrar una alianza de poder, mientras Kirchner buscó asociar poder. La propuesta menemista tuvo su apoyo teórico en el *Realismo periférico* de Carlos Escudé (1992). Este autor, mucho antes de esa obra sistemática, había planteado que lo único que podía realizar la política exterior era “optimizar la inserción internacional de un Estado”, la cual debía ser medida “casi exclusivamente en términos de alianzas”. Así afirmaba: “Para un país como la Argentina, la no alineación es un craso error de gestión, basado en la creencia equivocada e ingenua de que la política exterior debe maximizar la independencia del país”. Esas alianzas de alineamiento debían plasmarse con las grandes potencias, en torno de las cuales –aseguraba– giraban las fuerzas políticas y económicas que garantizarían la inserción internacional (Escudé, 1986: 19-25, 93-97, 183-188).

La alianza con Estados Unidos, como pilar fundamental de la inserción internacional de Argentina, fue esbozada bajo el presupuesto de que el alineamiento era posible siempre y cuando no generara “costos materiales tangibles” para el país en términos de interés nacional. También se postulaba, que ese seguidismo internacional se hiciera “sin riesgos de costos eventuales” (Escudé, 1992: 91-98). Sin embargo, era muy difícil imaginar una política exterior sin costos significativos, cuando se renunciaba a la capacidad decisional sobre la misma, dado que el interés nacional estaba atado a los intereses norteamericanos. De esta forma se vaciaban de contenido político las relaciones internacionales del país, ubicando a la negociación económica como el principio y el fin de estas relaciones, sin importar la identidad estatal (Miranda, 2005: 53).

Kirchner en su política exterior no eligió la alianza con el hegemon para reposicionar al país en el mundo, sino que a esta meta trató de alcanzarla intentando sumar poder con el de otros países periféricos. La convicción kirchnerista se aproximó a la definición neoinstitucionalista de que el poder puede ser el resultado de “la capacidad y disposición de los estados para tomar decisiones por voluntad propia con otros y para controlar conjuntamente procesos que se producen dentro y más allá de sus fronteras” (Russell y Tokatlian, 2001: 88). Desde esta perspectiva teórica se sostenía que una “esfera de cooperación” era el “mecanismo fundamental para la formación de una sociedad estratégica” que, a pesar de la disparidad de poder, podía servir al interés nacional (Russell y Tokatlian, 2004: 27). Precisamente el gobierno argentino procuró con Brasil el consenso de un “gran bloque sudamericano”, cuando en realidad este país ya lideraba la cooperación subregional desde su propia cosmovisión. Por otra parte, Kirchner aspiró a ampliar la agenda bilateral con Estados Unidos a partir de la coincidencia entre ambos países en la lucha contra el terrorismo internacional, pero el disenso en otras cuestiones sin llegar a adquirir el rango de confrontación, impidió la concreción de una “esfera de cooperación”.

No obstante, el acople que hizo con Sudamérica en el marco de la “estrategia de regionalización” dominante, representó –para Argentina– una expectativa de poder en relación a los intereses nacionales. También, su participación en las organizaciones internacionales que, siguiendo la teoría, significó un “soporte institucional indispensable para el ejercicio de la autonomía” (Russell, 2003: 54). Se creyó que a través de las vinculaciones con otros actores y de la concertación de posiciones diplomáticas, sobre todo con países latinoamericanos, era posible conectar poder y al mismo tiempo portarlo. Para esto, se pensó que aspectos como la defensa de los derechos humanos, el principio de no intervención y el compromiso por la resolución pacífica de los conflictos, propios de la *Idealpolitik* (Russell, 1991), eran ingredientes suficientes para lograr la inserción internacional del país.

La alianza de poder

Menem cumplió con el requisito teórico del alineamiento y eso significó que obtuviera poder internacional. Pero fue un poder prestado. Es cierto que el involucramiento con las “fuerzas políticas y económicas” más relevantes del mundo bajo el patrocinio norteamericano, le permitió al gobierno argentino exhibir un principio de inserción internacional. De esta forma se pensaba que los costos por querer pertenecer a la alianza occidental, según caracterizaba Di Tella, eran mínimos con respecto al poder que se absorbía gracias al seguimiento de las políticas de Washington. Por ejemplo se imaginó que con esos costos, automáticamente, se eliminaban “los obstáculos políticos para una buena relación comercial” con el mundo (Escudé, 1992: 63).

Sin embargo, la forma sobre cómo se fue aceptando el poder prestado, estuvo reñida con la teoría escudeana. Desde el gobierno pareció no medirse la magnitud de los costos que se registraban a través de sus acciones políticas. El afán por asumirlos hizo perder de vista que se provocaban “costos materiales tangibles”, o bien que se generaban “riesgos de costos eventuales”, como fue la ratificación del Tratado de Tlatelolco que implicó sepultar un programa nuclear autónomo de décadas; también el retiro del Movimiento de Países No Alineados, lo cual a la postre dificultó sumar países periféricos para que votaran a favor de la moción argentina en el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas por el conflicto de las islas Malvinas. Estas, y otras decisiones de Menem, privilegiaron las ventajas que daba Estados Unidos por determinados costos que adoptaba Argentina, sin considerar que las respuestas norteamericanas no eran concesiones de poder, sino gestos relacionados con el poder de Washington.

En este proceso es posible considerar tres situaciones a través de las cuales Argentina, supuestamente, logró poder. Una fue el ingreso a regímenes internacionales vinculados a los armamentos y la tecnología militar. Así, en 1993, el país se incorporó al reducido grupo del Régimen de Control de la Tecnología Misi- lística (MTCR), creado en 1987 con el fin de restringir el comercio de equipos y materiales destinados a la producción de misiles útiles para el transporte de armas

de destrucción masiva. Con Brasil, que ingresó en 1995, fueron los únicos países latinoamericanos en acceder al mencionado régimen. La invitación a Argentina a formar parte del grupo estuvo estrechamente ligada al controvertido tema de la desactivación y desmantelamiento del misil Cóndor II, tema en el cual participaron distintos actores gubernamentales, legislativos y políticos, y se vieron afectados diferentes intereses, entre otros, de la Fuerza Aérea y de empresas alemanas proveedoras de tecnología.

Como es sabido, la decisión de destruir el proyecto del Cóndor II fue a merced de la presión norteamericana directa encabezada por el embajador en Buenos Aires, Terence Todman. El gobierno argentino pensó que el costo de esta renuncia al diseño independiente, sería compensado a través de la participación en el cuasi exclusivo MTCR. Se hipotetizó que la pertenencia a este régimen de limitación misilística le iba a garantizar al país la adquisición de tecnología militar, en virtud de que quedaba libre de toda sospecha porque ya no podía exportar un tipo de armamento que las principales potencias consideraban una amenaza y, por otro lado, porque los mayores fabricantes de aquella tecnología eran países miembros del MTCR.

No solo el ingreso a aquel régimen abonó la conjetura de que Argentina iba a tener las puertas abiertas a la tecnología militar de última generación. También fortaleció esa conjetura la incorporación del país a otros dos ámbitos de regulación de armamentos. Pasó a formar parte del Comité Coordinador para el Control Multilateral de Exportaciones Estratégicas (COCOM), creado en 1947. Este ente, en 1996, se orientó hacia el control de la transferencia internacional de armas y tecnologías de doble uso a través del llamado Arreglo de Wassenaar. Argentina fue el único país latinoamericano en pertenecer al citado régimen internacional. Igualmente fue el único país latinoamericano en adscribir al Grupo Australia, constituido en 1985, destinado a limitar la exportación de productos químicos y biológicos vinculados a la producción de armas de esa naturaleza.

Otra situación mediante la cual Estados Unidos hizo un gesto en el que vinculó poder para Argentina, fue al designarla unilateralmente como aliada extra Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) de Washington, en octubre de 1997. Desde el gobierno de Bill Clinton, el secretario adjunto de Estado para Asuntos del Hemisferio Occidental, Jeffrey Davidow, señaló que la designación fue por el "liderazgo de la Argentina en el mantenimiento de la paz" mundial. En Buenos Aires, en ese momento, la decisión norteamericana fue calificada como de trascendental, en vista de que Argentina se transformaba en el sexto aliado de aquella categoría inaugurada en 1989 y, fundamentalmente, en el único país de Latinoamérica beneficiado por esa condición tan especial del diseño hegemónico.

Distintas razones podrían dar cuenta de la decisión de Clinton. Sin embargo, nos interesa subrayar que Estados Unidos, a través de la designación, trató de darle relevancia geopolítica a Argentina a pesar de que, justamente, no tenía tal relevancia. Fue una actitud simbólica para sumarle prestigio al país sudamericano y, de este modo, cierto poder. El prestigio que Menem no logró a través de sus dos intentos por ingresar a la OTAN, en 1992 y 1999, que por otra parte era orgánicamente improcedente. Ni siquiera lo pudo lograr, como afirman algunos autores

(Reficco, 1998; Picazo, 2005), con el apoyo del entonces jefe del Estado Mayor Conjunto estadounidense, Colin Powell. Pero el gobierno argentino se conformó con el estatus de aliado extra OTAN, porque entendió que a través de tal estatus la potencia líder de la alianza defensiva de Occidente deslizaba un reconocimiento internacional al país; en suma, satisfacía uno de los objetivos de Di Tella.

La tercera y última de las situaciones a través de la cual es posible señalar que Argentina logró poder gracias al alineamiento político con Estados Unidos, fue la invitación a integrar el denominado G-20 de naturaleza económico-financiera. Washington consintió que Argentina era uno de los países emergentes más importante del mundo y que podía discutir políticas globales con las economías desarrolladas. Si bien la primera reunión de ministros de Finanzas del G-20 se realizó a los pocos días que Fernando de la Rúa asumió el gobierno en diciembre de 1999, no había dudas de que la convocatoria al país estaba relacionada con las políticas implementadas por Menem.

A pesar de la enorme gravitación de Estados Unidos en las estructuras surgidas en Bretton Woods, para determinar las reglas de la nueva arquitectura financiera internacional ante las crisis que se fueron desatando desde 1994, Washington necesitaba de nuevos aliados más allá de las potencias industrializadas del G-7⁵. Para ello sumó a México, Brasil, Arabia Saudita, Corea del Sur, Sudáfrica y Argentina, por citar algunos de los países emergentes que estaban dentro de la lógica de su influencia política. En ese momento, para Buenos Aires, la integración al G-20 tuvo sabor a poder porque este ámbito se relacionaba con el órgano de consulta de mayor peso del FMI, como era el Comité Financiero y Monetario Internacional, creado en septiembre de 1999. Se especulaba entonces que de la comunión entre este comité y el G-20, iban a depender —en el futuro— las decisiones más relevantes que hacían a la estabilidad financiera internacional.

El poder asociado

Ante la debilidad internacional en la que se encontraba Argentina por estar en cesación de pagos, Kirchner buscó reforzar tanto los vínculos bilaterales con países de la región como los procesos de cooperación e integración latinoamericanos. De esta forma pretendió conservar la presencia internacional del país y, paralelamente, adscribir poder a través de sus relaciones políticas y diplomáticas. Así fue compartiendo poder. Al gobierno argentino la “acción conjunta a nivel sudamericano”, supuestamente le abriría las puertas hacia la inserción internacional para “participar e influir eficazmente en los asuntos mundiales”, como se prescribe desde el neoinstitucionalismo periférico, por llamarlo de algún modo.

⁵ Se debe considerar que en la Cumbre de Colonia del G-7, de junio de 1999, desde donde surgió la iniciativa para luego constituir el G-20, hubo diferencias importantes entre Estados Unidos y Japón, por un lado, y los europeos, por el otro, a propósito de las invitaciones a países emergentes.

Entonces no fue casual que el presidente argentino viera en el MERCOSUR “un espacio de construcción de poder”, según lo insinuaba aquella prescripción teórica.

Pero Kirchner, mientras concentraba la atención política en el MERCOSUR como ámbito fundamental de poder asociado, se encontró con la realidad de que Brasil ataviaba su condición de potencia regional. Conceptualmente, el país vecino asumía responsabilidades en su propio entorno, lo cual estaba vinculado al orden y la estabilidad subregional, que era mucho decir (Soares de Lima y Hirst, 2006: 31; Miranda, 2009). Detrás de la gravitación que Brasil tenía como potencia regional, se ponía en evidencia una severa relación asimétrica entre Buenos Aires y Brasilia, que Kirchner consideró en su discurso en el Congreso brasileño al hacer referencia al MERCOSUR, en enero de 2006⁶. No obstante, Brasil, sin demora, había elaborado un menú de iniciativas tendientes a intensificar el regionalismo que, precisamente, le reforzaba el paradigma universalista de inserción mundial, fortaleciendo su autonomía y, por encima de todo, asegurándole “al gobierno la libertad de actuación en el sistema internacional” (Vigevani y Ramanzini, 2009: 82-84).

Por ello, lo que Argentina quería del bloque era diferente de lo que pretendía Brasil. Desde el inicio de su gestión, Kirchner planteó el objetivo común de profundizar el MERCOSUR “hacia dentro” y de darle “solidez jurídica al proceso de integración”.⁷ La idea era pasar del clima de amistad bilateral a la cultura de integración regional. Esta idea no era compatible con la concepción brasileña, que impulsaba un bilateralismo fuerte sin una integración institucionalizada. El MERCOSUR a Brasilia, por la situación en la que se encontraba el bloque, le resultaba funcional, dado que desde él podía ampliar su participación en la política mundial. Por ejemplo, ponderaba el MERCOSUR para impugnar la propuesta norteamericana del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), en lugar de apreciarlo para dinamizar su funcionamiento interno.⁸ Así, el pedido de Kirchner en ese sentido, no tuvo devolución en la Cumbre de Ouro Preto, en diciembre de 2004, cuando llamó a “rescatar el Tratado de Asunción de entre los papeles del archivo y ponerlo en plena vigencia”, es decir, revalorizándolo para avanzar en cuestiones institucionales.

Después del rechazo del ALCA, en la IV Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata, en noviembre de 2005, si bien el MERCOSUR siguió siendo una zona de libre comercio imperfecta, muy importante para Argentina, en términos políticos fue perdiendo valor. Del menú de iniciativas para afianzar el regionalismo, Brasil había logrado dar un paso altamente significativo con la creación, en Cusco,

⁶ En la Cumbre de Copacabana, de marzo de 2004, Brasil puso de manifiesto su rol de eje del bilateralismo con Argentina al proponer emular el eje franco-alemán para integrar Sudamérica a través del ensamble del MERCOSUR con la Comunidad Andina de Naciones (CAN).

⁷ El objetivo de profundizar el MERCOSUR “hacia dentro” fue formulado en la reunión del bloque realizada en Montevideo, en diciembre de 2003, mientras que la solicitud de asignarle “solidez jurídica al proceso de integración”, fue señalada en el discurso del presidente argentino en el Congreso brasileño, en enero de 2006, junto a otras demandas como la de “crear políticas de complementación y dejar atrás la lógica de la competencia”.

⁸ Tanto en la octava reunión ministerial de Miami sobre el ALCA, en noviembre de 2003, como en la Cumbre Extraordinaria de las Américas de Monterrey, en enero de 2004, Brasil expuso su preocupación por la posible puesta en marcha del proyecto norteamericano.

de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), en diciembre de 2004. Así coronó políticamente el ámbito natural a través del cual podía ejercer su papel de potencia regional. De esta forma, tanto el MERCOSUR como la Comunidad Andina de Naciones (CAN), quedaron enmarcadas en el proyecto sudamericano de Brasilia. Kirchner procuró ser indiferente frente a la CSN e insistió en asignarle fortaleza política al MERCOSUR, pero en esa circunstancia era claro que Planalto pilotaba el proceso de regionalización del subcontinente.

Brasil fue haciendo un recorrido de liderazgo cooptativo que, desde la perspectiva de Helio Jaguaribe, consiste en que el líder le propone a los liderados lo que él cree que a estos les interesa o les conviene.⁹ La continuidad de la CSN a través de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), fue una decisión que se discutió en la Primera Cumbre Energética de América del Sur, realizada en la isla Margarita, en abril de 2007. En esa instancia de consenso, Brasil era el país mejor posicionado para viabilizar la UNASUR porque —justamente— tenía un diseño estratégico para la subregión. Desde tal posición se hizo cargo de lo que al parecer les interesaba o les convenía a los países sudamericanos. Así se cumplía el precepto de Jaguaribe, de que el ejercicio del liderazgo debía ser “permanentemente consensuado”.

Argentina terminó por acompañar el proyecto de integración sudamericana, pues se convenció de que era una etapa más de poder asociado, similar a la experiencia que tenía a través del MERCOSUR. Sin duda que el país se vio favorecido por el nivel político que adquirió la subregión en relación al mundo, y la insistencia por la revitalización institucional del MERCOSUR tendió a desactivarse. Por su parte, Sudamérica fue ocupando un lugar en las relaciones internacionales del país en el que nunca había estado. No solo porque el subcontinente logró un mayor margen de autonomía con respecto a la dominación hemisférica estadounidense que, desde el punto de vista militar, luego se pondría de manifiesto mediante la formación del Consejo de Defensa Sudamericano. También trascendió como mercado, por el interés de la Unión Europea y de algunos de sus miembros, aunque por arriba de esto, talló la preferencia de actores no occidentales del calibre de China e India que de algún modo quebraban una tradición.

La vocación institucionalista de Argentina tuvo que ver con su asociación al proyecto de integración sudamericana, entre otras razones porque a través de este proyecto la política exterior kirchnerista intentaba apuntalar algunos de sus rasgos autonomistas. Tal política exterior cosechó réditos en virtud de que su sudamericanización le sumó poder, lo cual logró manifestarlo junto a Brasil en cuestiones importantes como el rechazo al ALCA, o bien en la conformación del G-20 en la V Conferencia Ministerial de la Ronda de Doha de la Organización Mundial de Comercio, realizada en septiembre de 2003, en Cancún. Merece citarse, por inédito y simbólico, que ambos países por iniciativa de Itamaraty compartieron el asiento no permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, primero

⁹ Diario *La Nación*, No hay destino para una Argentina y un Brasil aislados, 3 de marzo de 2004, Buenos Aires.

cuando le correspondió a Brasil, en 2004-2005, y luego cuando fue el turno de Argentina, en 2005-2006.

Pero lo más destacable es que Argentina, desde el institucionalismo, entendió que el proyecto de integración sudamericana era una oportunidad ineludible para sellar una “esfera de cooperación” regional. Entre 2004 y 2007, es decir, desde la apatía que Kirchner exhibió con la creación de la CSN al entusiasmo que tuvo en la isla Margarita cuando surgió la idea de UNASUR, el gobierno argentino percibió que la “esfera de cooperación”, además de su trascendencia intrarregional, se transformaba en un ámbito externalizable. Por ello más que la cooperación económica, valoró la cooperación política. Sobre todo porque esto resultaba beneficioso para el país en la medida en que contaba con poder desde un bloque periférico, ajeno a las imposiciones económicas de factores dominantes y con objetivos vinculados a las necesidades del subcontinente.

La rigurosidad del contexto internacional

Tanto Menem como Kirchner necesitaron poder externo para afrontar cuestiones circunstanciales, como en un caso fue la hiperinflación y en el otro el *default*. Muchas de las decisiones adoptadas por ambos gobiernos estuvieron bajo la influencia directa de factores internacionales. La ponderación que hicieron de estos factores se convirtió en un fuerte requisito para lograr poder, sobre todo a través del esquema de inserción que cada uno planteó. Así, uno y otro absorbieron poder en función de las oportunidades y de los espacios que al país le brindaba el sistema internacional. De manera que Argentina, mediante estrategias diferentes, en cada situación pudo fortalecer su posición en las relaciones mundiales portando un cambio con respecto a lo que había sido su pasado reciente.

Pero el poder absorbido por el país a través de una y otra gestión gubernamental no fue del todo propio. En el caso del menemismo, el poder surgido de la alianza con Estados Unidos equivalía a una compensación por las respuestas que dio el gobierno en el marco del alineamiento político. Argentina no tenía para la agenda norteamericana la relevancia que se suponía. Por eso Washington la consideró una aliada a la que le correspondían solo señales de poder vinculadas a la condición de potencia hegemónica que tenía Estados Unidos. No fue casual entonces que el hegemon le asignara a Argentina el estatus de aliada extra OTAN, le facilitara la participación en regímenes internacionales de composición reducida relacionados con armamentos y la incorporara al G-20, más allá de que habilitara su ingreso al Plan Brady para la reprogramación de la deuda y el acceso a los mercados financieros internacionales. No obstante, la inversión norteamericana, de acuerdo a lo prometido, estuvo ausente.

En cambio el poder logrado por el kirchnerismo, salido de la sudamericanización de su agenda externa, fue el resultado del alto compromiso político que asumió Argentina con los países de la subregión en clave de cooperación e integración. Sin embargo, lo más trascendente, en términos internacionales, fue la

asociación de poder que Argentina experimentó con Brasil. Este país consideró que Argentina era una prioridad en su política exterior para —entre otras cosas— ensanchar sus posibilidades de jugador global. Más aún, entendía que el hacer valer a Sudamérica como espacio geopolítico y geoeconómico en las relaciones internacionales, en gran medida era posible con el acompañamiento argentino. Para ello Brasilia privilegió la relación bilateral, y como muestra de esta actitud, no solo apoyó a Buenos Aires en la trama del *default*, sino también cuidó que esa relación estuviera exenta de perturbaciones y tensiones.

Empero, el poder externo acumulado por Argentina a través del menemismo como del kirchnerismo, no pudo ser separado de la coyuntura internacional de la que emergió. El poder nacido de la alianza que los gobiernos menemistas establecieron con Estados Unidos estaba claramente condicionado, lo cual fue más que evidente en el camino que el país emprendió hacia la crisis de 2001, durante el colapso y luego del mismo. La indiferencia norteamericana ante la situación financiera argentina demostró que el poder de aquella alianza bilateral había sido un poder prestado, exiguo y restringido. Si bien la compensación plasmada por Estados Unidos subsistió, lo que predominó acentuadamente fue el endeudamiento contraído por Argentina y consentido desde los organismos monetarios internacionales, a expensas del capital financiero transnacional. En aquel momento otros países latinoamericanos también tenían un alto nivel de deuda externa, aunque no habían renunciado a su capacidad productiva y estatal como lo hiciera Argentina en consonancia con el Consenso de Washington.

El poder internacional que obtuvo Kirchner no tenía el nivel de condicionamiento que la alianza con Estados Unidos le impuso a Menem. La preferencia kirchnerista por Venezuela para resolver cuestiones financieras, energéticas y comerciales fue una muestra del intento por descomprimir el liderazgo brasileño, como por modificar la relación asimétrica de Argentina con el país vecino. Sin embargo, no pudo consumir ambos intentos porque el poder con que contaba el gobierno argentino, en una magnitud considerable, era una consecuencia del recorrido que por la política regional fue trazando con Planalto.¹⁰ Argentina estaba inhibida de ir contra ese poder asociado tejido junto a Brasil a través del cual pudo sostener su presencia internacional siendo vulnerable, como asimismo pudo fortalecer el comercio bilateral mediante la cooperación en el marco del MERCOSUR.

Kirchner no solo estuvo lejos de procesar el poder asociado con Brasil como poder propio. Igualmente cargó con las consecuencias de que el poder prestado por Washington a Menem había desaparecido por completo. Al respecto vale mencionar que la reestructuración de los vencimientos de la deuda con el FMI a través del acuerdo de septiembre de 2003, como el canje de bonos a acreedores privados a principios de 2005, fueron el resultado de negociaciones conducidas

¹⁰ Nicolás Creus (2010:48) afirma: “Las estrategias de *balancing* y *bandwagoning* implementadas por Argentina entre 2002 y 2009 se sustentaron en concepciones del poder rudimentarias y simplistas, lo cual puso de manifiesto las limitaciones de las mismas para manejar las asimetrías de poder con Brasil”.

por el gobierno norteamericano para, entre otras cosas, evitar el efecto contagio. Una vez que Argentina canceló su deuda con el FMI en diciembre de 2005, hubo expectativa de retorno al sistema financiero internacional que no se dio. Estados Unidos exigió otras condiciones que Argentina no cumplió, como el acatamiento al artículo IV del estatuto del FMI, la solución de la deuda con los bonistas que no aceptaron el canje de 2005, la resolución de la cesación de pagos con el Club de París y el reconocimiento de los dictámenes del Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI). Así Washington le negó a Buenos Aires el acceso a la inversión y al financiamiento, y paralelamente, le demostró que el poder captado en los noventa no fue un poder del todo propio, haciéndole sentir a Argentina la dependencia financiera que tenía con Estados Unidos.

Argentina también sintió que detrás de su asociación con Brasil, a pesar de los empantanamientos del MERCOSUR, se había estructurado una intensa dependencia económica con el mercado del país vecino. Pero esa no fue la novedad a la altura en que Kirchner asumió la presidencia del país. La noticia era que a partir de esa circunstancia se fue configurando la dependencia política de Argentina del proceso de regionalización liderado por Brasil. En ese proceso, el poder asociado del que supo valerse Buenos Aires a través de la diplomacia integracionista, se diluyó gradualmente en el contexto del proyecto sudamericano de Brasilia.

Conclusión

Los esquemas de inserción internacional propuestos por Menem y Kirchner cosecharon logros para sus respectivas políticas exteriores, aunque esos esquemas no se pudieron sostener como inicialmente se pretendió. Carecieron de poder propio. Las estrategias elegidas, tanto la del poder prestado a través del alineamiento con Estados Unidos, como la del poder asociado mediante la cooperación regional, fueron una condición necesaria pero no suficiente. Tales estrategias no alcanzaron para materializar lo que las mismas postulaban como idea de política exterior. El ingreso al Primer Mundo que impulsó el menemismo no fue más que una ilusión desprovista de puntos de apoyo, a través de los cuales, de haber existido, el mundo se iba a ver obligado a considerar. Por su parte, el kirchnerismo no pudo revertir la fuerza contundente de la relación asimétrica que había en la región, de manera tal que se vio impedido de profundizar la institucionalización del MERCOSUR, como se lo había propuesto desde un comienzo con carácter prioritario.

Menem sobreestimó las posibilidades reales de la inserción de Argentina en el mundo. No solo le faltó configurar poder propio, lo cual era mucho pedir si pensamos que es posible estructurar capacidad decisional independiente a partir del alineamiento político. Igualmente tuvo dificultades para esquivar la alianza con el hegemon cuando las respuestas de este no llegaban y las expectativas se desplomaban, lo que es muy importante de subrayar teniendo en cuenta la teoría que sustentó tal alianza. Hubo un intento de diversificación de las relaciones exteriores, como asimismo hubo un estrechamiento de los lazos con algunos países de la

región a través de la integración. Pero fue mínimo a escala mundial. Los costos de la alianza de poder habían sido demasiado altos hasta el punto en el que el país se despotencializó, generando un efecto perverso como fue su vulnerabilidad estatal.

Kirchner tampoco pudo configurar poder propio, aunque la tentativa pareció factible porque se planteó desde la cooperación regional intraperiférica. También tuvo inconvenientes, en su caso para morigerar el proyecto sudamericano de Brasil, sobre todo cuando compartiendo con este país el camino de la integración subregional en el cual el MERCOSUR estaba presente, iba al mismo tiempo compulsando el creciente y autosostenido liderazgo brasileño, reconocido por la mayor parte del mundo. Procuró alternativas de política exterior que rindieron sus frutos, aunque no trascendieron como el gobierno creyó que iba a suceder. Argentina no pudo equiparar con otros actores el vínculo que tenía con Brasil, el cual le demarcó Sudamérica como el principal pilar para la inserción en el mundo. Así, la cooperación regional le dio poder, pero ese poder no le perteneció porque la conducción de tal cooperación no estaba en manos de Buenos Aires.

El impulso de los mencionados esquemas de inserción puso de manifiesto, una vez más, que el alto poder logrado desde el gobierno hacia el ámbito doméstico no se reprodujo, automáticamente, como un alto poder desde el gobierno hacia el mundo. Las condiciones internacionales demandaron de Argentina la configuración de un poder específico, el más autónomo y heterodoxo posible, tanto duro como blando, para mejorar la posición relativa frente a las dependencias estructurales, y para aprovechar las contingencias externas sabiendo que son coyunturales. Sin ese ejercicio de poder específico hacia el mundo, la inserción encontró limitaciones, pues Argentina no pudo “discutir” decisiones con el hegemón ni con la potencia regional, y en más de una ocasión, los cambios internacionales terminaron por invalidar lo que en un momento por su carácter favorable, parecía que iba a ser perdurable. Así, los esquemas de inserción no lograron sus propios márgenes de maniobrabilidad internacional, como se suponía desde la fortaleza del poder doméstico.

Referencias

- BUSSO, A. & BOLOGNA, A. (1994). La política exterior argentina a partir del gobierno de Menem: una presentación. En Varios autores, *La política exterior del gobierno de Menem. Seguimiento y reflexiones al promediar su mandato* (pp.17-51). Rosario: CERIR-Universidad Nacional de Rosario.
- CÁRDENAS, E. & CISNEROS, A. (2008). La Argentina en el mundo de hoy. *Agenda Internacional*, 15, 16-47.
- CASTRO, J. (1995). La política exterior del segundo mandato de Menem. *Archivos del Presente*, 2, 67-72.
- CAVALLO, D. (1996). La inserción de la Argentina en el Primer Mundo: 1989-1991. En Varios autores, *La política exterior argentina y sus protagonistas. 1880-1995*. Buenos Aires: CARI-Grupo Editor Latinoamericano.

- CREUS, N. (2010). *Balancing y bandwagoning* en la política exterior argentina: los problemas para manejar la asimetría de poder con Brasil a partir de su condición de potencia emergente. *Jornadas de Relaciones Internacionales*. Buenos Aires: FLACSO.
- DE LA BALZE, F. (1998). La política exterior de la reincorporación al primer mundo. En Varios autores, *Política exterior argentina. 1989-1999. Historia de un éxito* (107-178). Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- _____ (2010). La política exterior de los gobiernos Kirchner (2003-2009). *Estudios Internacionales*, 166, 121-140.
- DIAMINT, R. (2003). Diez años de política exterior argentina: de Menem a Kirchner. *Colombia Internacional*, 56-57, 13-27.
- DI TELLA, G. (1992). Palabras de cierre. En Varios autores, *La política exterior argentina en el nuevo orden mundial*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- ESCUDE, C. (1986). *La Argentina vs. Las grandes potencias. El precio del desafío*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- _____ (1992). *Realismo periférico. Fundamentos para la nueva política exterior argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- FIGARI, G. (1997). *De Alfonsín a Menem. Política exterior y globalización*. Buenos Aires: Memphis.
- LLENDEROZAS, E. (2006). La política exterior de Kirchner 2003-2006. *VIII Congreso Chileno de Ciencia Política*, PUC.
- MIRANDA, R. (2005). Sobre los fundamentos internacionales de la Argentina: teoría y realidad. *Invenio*, 15, 47-60.
- _____ (2009) A responsabilidade da tomada de decisões no projeto de inserção da Argentina no mundo. Sua participação em conflitos intra-estatais regionais. *Intellector*, 11, 11-31.
- MORALES RUVALCABA, D. (2010). La política exterior de Néstor Kirchner y el diseño de un "Regional Core-State" suramericano. *Contextualizaciones Latinoamericanas*, 3, 5-17.
- PICAZO, M. (2005). Designación extra-OTAN y políticas de seguridad. El caso argentino. *Politikós*, 5, 101-142.
- REFICCO, E. (1998). Argentina como aliado extra-OTAN de los Estados Unidos: los factores detrás de la alianza. *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 42, 79-97.
- RUSSELL, R. (1991). El neoidealismo periférico: un esquema para orientar la política exterior de los países del Cono Sur en la posguerra fría. *América Latina / Internacional*, 29.
- _____ (1994). Los ejes estructurantes de la política exterior argentina. *América Latina / Internacional*, 1.
- _____ (2003). La concertación de las políticas exteriores con los países vecinos responde a nuestros mejores intereses. *Todo es Historia*, 430, 49-54.
- _____ (24 de septiembre de 2006). Es muy difícil explicar a Kirchner. *Diario La Nación*, Buenos Aires.
- RUSSELL, R. & TOKATLIAN, J. (2001). De la autonomía antagónica a la autonomía relacional: una mirada teórica desde el Cono Sur. *POSTData*, 7, 71-92.
- _____ (2004). Argentina, Brasil y Estados Unidos: el desafío de una esfera de cooperación. *Agenda Internacional*, 2, 16-30.
- SIMONOFF, A. (2009). Regularidades de la política exterior de Néstor Kirchner. *Confines*, 10, 71-86.

- SOARES DE LIMA, M. & HIRST, M. (2006). Brazil as an intermediate state and regional power: actino, choice and responsibilities. *International Affairs*, 1, 21-40.
- TOKATLIAN, J. (1 de marzo de 2004). No se gestó una gran estrategia internacional. *Diario Página 12*, Buenos Aires.
- VADELL, J. (2006). A política internacional, a conjuntura econômica e a Argentina de Néstor Kirchner. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 1, 194-214.
- VÍGEVANI, T. & RAMANZINI, H. (2009). Brasil en el centro de la integración. Los cambios internacionales y su influencia en la percepción brasileña de la integración. *Nueva Sociedad*, 219, 76-96.